

irreemplazable en su particularidad, ahora se reduce a una rueda cuya incidencia es tan nula para ese mecanismo fantasmagórico llamado sociedad, que este puede prescindir de él. Incluso Quiroga acentúa esa visión alucinada del aparato estatal cuando le niega la existencia de un orden, es una gran máquina que alberga el caos más intenso, el desorden más frío e irracional. El error, para el protagonista, parte de creer que todo está exactamente engranado y en el que «el tropiezo de una minúscula rueda dentada es capaz de detener todo el maravilloso mecanismo». Contrariamente, toda la estructura gira en el vacío, cientos de gentes son innecesarias «y podrían detenerse algunas centenas de ellas sin trastorno alguno».

La contradicción de Quiroga con su sociedad le lleva a considerar la naturaleza como la realidad verdadera y auténtica. Teniendo presente esta evolución, es preciso anotar que él nunca cambia de espacio teórico, es el mismo que hereda de la sociedad; sigue manteniendo la dicotomía campo-ciudad, según el planteamiento tradicional, sólo que él invierte la posición de los términos. Para la civilización, el campo es la barbarie, el atraso, en cambio, para el escritor es lo auténtico, lo vital. En este sentido resulta comprensible su impasse y su reacción al intensificar la valoración de los aspectos que la sociedad destituye. Es decir, en vez de buscar la razón de su existencia en la multiplicidad de nexos con los demás hombres, intentará conseguir una relación abstracta con sus semejantes por medio de una metafísica de los ideales: unión sentimental con sus semejantes. Esta teorización de la afectividad es un intento de dotar a los valores individuales de una proyección más amplia, de romper con el enclaustramiento de la soledad personal que viene a poner de manifiesto su intermitente nostalgia por la sociedad perdida. No obstante, hay que considerar dos planos: lo que él afirma directamente, unión sentimental de los hombres al margen de la sociedad, y lo que anhela secretamente: pretensión de que volvieran a regir los valores éticos para todos. Por añadidura, esta fraternidad basada en el amor y en los ideales sitúa los principios éticos gobernando la realidad humana. Así dice en *La patria*: «La patria, hijo mío, es el conjunto de nuestros amores.» y «Y sólo él (el hombre virtuoso) puede comprender la dichosa fraternidad de cuanto tiene la humanidad de más noble...» Los seres humanos, encerrados en su individualidad, se relacionan no por causas concretas sociales o históricas, sino por sus espíritus. El narrador dice en el cuento anterior de forma añorante y decepcionada, como lo demuestra la frase no concluida: «La patria de ustedes no es este pedazo de monte... es la selva entera. Así como la patria de los hombres...», es el mundo, habría que completar.

En «Juan Darién» se registra otro alegato contra el mundo urbano. La idea del escritor se apoya en un motivo que aparece en los cuentos infantiles: el de la armonía o comunicación entre hombres y animales, sólo que en el desenlace de este cuento-apólogo se quiebra este sueño inmemorial. El acto de la madre de cuidar al cachorro de tigre está conducido por el sentimiento, arrebatado por el ideal que fluye de un espíritu generoso. La figura arquetípica de la madre revela que ese acto pudo ocurrir gracias a los impulsos naturales, ella fue guiada por un acto del corazón, siguiendo un instinto original. Este acto es anulado por las gentes de la aldea, rompiendo el vínculo ideal, amoroso, y reafirmando el reino desnaturalizado de la sociedad. Sólo los actos más nobles son realizados individualmente.

Valoración de la naturaleza

Como ya se ha expuesto, en su basculación hacia el mundo natural Quiroga busca una realidad que le permita actuar según su norma moral. Su constante contradicción estriba entre su objetiva condición de ser social y su deseo de sustituirla por la de ser natural. En *El salvaje* se plasma un recorrido ideológico que el autor formula, lógicamente, en claves narrativas; el cuento plantea la dualidad constitutiva del hombre. El motor de su evolución hacia lo natural es el deseo, el impulso deseante: «Durante meses y meses había deseado ardientemente olvidar todo lo que era y sabía», «En una palabra, había regresado a las eras pasadas por obra y gracia de mi propio deseo», «el monstruo surgido de las entrañas muertas de la tierra por el deseo de ese mismo hombre». Este proceso está acompañado de una voluntad ferviente de deshacerse de todos los atributos sociales y olvidar todo lo que es saber, civilización, producción intelectual. La recuperación de la condición original le devolvería la autonomía por la que bastarse a sí mismo, se poseería plenamente. En resumen, Quiroga establece esta regla del individualismo extremo: el ser autosuficiente; todo el significado de su existencia se encontraría en ella misma. En otras palabras, se quiere llegar a una vida que diese razón de sí por el mismo hecho de vivir: «Día tras día iba rastreando en mí la profunda fruición de la reconquista, de la regresión que me hacía dueño absoluto del lugar que ocupaban mis pies... La vida que me animaba era mía exclusivamente.»¹⁸

Este retorno a los orígenes propone que en ese mundo inicial, que sigue siendo la selva, se halla la identidad perdida. Mientras el protagonista está en el período de purificación de su herencia social, un retorno absoluto parece posible —por más que signos premonitorios surjan: la sed del nothosaurio; la escena rodeada de símbolos extraídos de las cosmogonías primitivas: la lluvia; la noche significando el lado oscuro del inconsciente y del sueño, esa zona arrebatada a la realidad empírica. Sin embargo, desde el momento en que se vuelve hombre primitivo, el protagonista se convierte en un salvaje dominado por el terror, el hambre y la violencia; la esperada armonía se ha transformado en una lucha brutal. Este «salvaje» guiado por necesidades elementales, es un ser cualitativamente disminuido, falto de la independencia requerida. Vive en una inconsciencia instintiva que contradice uno de los principios fundamentales del autor: la capacidad de decir, yo soy. De este modo, el escritor concluye en que ese retornar al estadio primigenio tiene que contar obligatoriamente con el postulado de la autonomía personal. Los dos extremos del proceso son negativos, al final del trayecto natural aguarda la degeneración primitiva, al final del trayecto social, la degradación ética. Por tanto, lo correcto debe ser un estadio de integración con la selva pero guardando los rasgos del hombre de carácter; en otro registro, la frontera de Misiones, estadio intermedio, alejado de la sociedad y al borde de la selva. No obstante, Quiroga siempre tendió hacia la mayor integración posible con la naturaleza, hasta llegar a ser un órgano más de este vasto dominio, y, probablemente, este es el aspecto más llamativo de su producción y vida. En una carta a E. Martínez Estrada confiesa: «Sólo veré mañana o pasado en el sueño profundo que nos ofrezca la naturaleza, su apacibilísimo descansar... No hago

¹⁸ «*El salvaje*», p. 9.

más que integrarme en la naturaleza, con sus leyes y armonías oscurísimas, aún para nosotros, pero existentes.»¹⁹

La conflictiva tensión dual se refleja en otros aspectos, como puede ser el rol de los instintos. La investigadora Annie-Boule Christouflou menciona la progresiva situación crítica de Quiroga entre su deseo de «naturalizarse» y su inevitable legado cultural:

Quiroga declara que esta pasión que le movía irresistiblemente, como si fuera perro de jauría, a perseguir y matar animales... le hacía sentirse como un «instrumento de sus ancestros redivivos al contacto del medio salvaje»,... Pero después de matar, Quiroga se batía en otra lucha más cruel: entre ese instinto primitivo y su conciencia.²⁰

El sentirse poseído por un instinto ancestral, al tiempo que choca con su conciencia, es parte de la fusión con el todo orgánico, se siente inmerso en un esquema mítico, se cree representante de la especie, como afirma el protagonista de *El salvaje*: «Comenzaba a sentirme, nebuloso aún, el representante *verdadero* de una especie» Quiroga vuelve a valorar lo que en el hombre pertenece a su procedencia natural.

Este mismo problema está visto desde otra óptica en *El león*. Aquí, la transmisión biológica de la fortaleza natural de la especie, resulta ser más poderosa que los obstáculos alzados en su camino. Los cachorros no han heredado la degradación a la que su padre, el león, ha sucumbido al vivir en la sociedad. Quiroga confía en que la pureza y energía de la especie es capaz de superar la degradación. La vida puede recomenzar de nuevo, con toda su pureza original.

La muerte omnipresente

La muerte ocupa una plaza decisiva en la ideología del autor. Aparece insistentemente como desenlace y como cuerpo mismo del relato: «A la deriva», «El hombre muerto», «La insolación». Esta situación límite puede interpretarse desde la óptica del hombre de acción y de su individualismo constitutivo. Ya Lukács apunta que fue E.A.Poe el primero en representar la situación enfrentada entre hombre y muerte, y el conjunto de actitudes que surgen de esta confrontación, y cómo es Dostoiewsky el que da forma definitiva a estos problemas en el plano novelístico. La influencia de estos dos narradores en H. Quiroga es harto conocida, siendo fácilmente comprobable en sus cartas.

La noción de este destino mortal origina dos aspectos de una misma concepción. El primero podría llamarse «la muerte consciente», el personaje la asume por un acto de conciencia o queda inserta de manera «homogénea» en su existencia debido a su modo de actuar en la vida. Las variaciones de este primer tipo provienen de cambios formales, bien sea que el narrador nos da a conocer desde cerca el proceso final, o si, manteniéndose en la distancia, nos comunica el hecho ya cumplido, y los comentarios del narrador o de otros personajes, por ejemplo, son los encargados de aportar el significado explícito.

¹⁹ Citada en Emir R. Monegal, «En Misiones con los Desterrados», en Angel Flores, Aproximaciones a Horacio Quiroga (Caracas: Monte Avila, 1976), p. 233.

²⁰ Annie Boule-Christouflou, «La selva y sus conflictos. Los animales», en A. Flores, Aproximaciones a Horacio Quiroga (Caracas: Monte Avila, 1976), pp. 125-6.